

LECCION XIX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Martirio de san Focas, hortelano.—Martirio de san Taraco, veterano.—Martirio de santa Inés.—Martirio de santa Eulalia.

La persecucion, que habia escogido sus primeras víctimas en el palacio de los emperadores y entre los hijos de reyes, no tardó en penetrar en las cabañas de los pobres; así lo permitió Dios, á fin de que el Cristianismo tuviera testimonios en todas las clases, y todos los estados de la sociedad representantes y protectores en el cielo. La interesante historia que vamos á referir es una prueba sensible de esta verdad.

En la época del martirio de san Ciro y de santa Julita vivia en Sínope, ciudad del Ponto, un pobre hortelano llamado Focas, hombre de una sencillez é inocencia de costumbres verdaderamente patriarcales. El cultivo de su huerto le bastaba para vivir y para hacer algunas limosnas, y en su profesion, vil á los ojos del mundo, representaba en cierto modo el feliz estado en que se hallaron Adán y Eva en el paraíso terrenal. De su huerto y de su casa habia hecho Focas un hospicio abierto para cuantos dirigia á él la Providencia, y los viajeros que no sabian dónde alojarse, podian estar seguros de hallar en la casa del santo hortelano una tierna hospitalidad.

Esta virtud le procuró la palma del martirio; por ella era conocido Focas en todo el país, y sospechando algunos malvados que un hombre tan caritativo debia ser cristiano, denunciáronle al magistrado. Su pretendido crimen era tan notorio, que ni siquiera se observaron con él las formalidades ordinarias, y los verdugos recibieron la orden de matarle en cualquier parte donde le encontrasen. Llegados á Sínope, detuviéronse casualmente ante la casa de Focas y pidieron hospedarse en ella, pues como no le conocian, así como tampoco él los conocia, por no haber hablado del asunto que allí les traia, habian formado el proyecto de informarse por el pueblo acerca

de quién era Focas y de cuál era su casa. De este modo el cordero se hallaba en medio de una manada de lobos, y la paloma sin hiel y sin malicia entre cuervos carniceros.

Finalmente, la amistad que de ordinario se forma en la mesa hizo nacer la confianza entre los soldados y su huésped, tanto que el Santo les preguntó qué objeto les conducia á Sínope; y tan contentos estaban al ver su honradez y atenciones, que le contestaron: «¿Nos prometeis no descubrir á nadie lo que vamos á confiaros?— «Os lo prometo, dijo Focas.—Pues en este caso sabed que buscamos á un cierto Focas, á quien tenemos orden de dar muerte así «que caiga en nuestras manos; y ahora os pediremos que añadais un «nuevo favor al de la hospitalidad que os debemos, ayudándonos «á descubrir á ese hombre.—Le conozco mucho, replicó el Santo «con semblante tranquilo, y me empeño en hallarle; solo os pido «algunas horas y os daré noticias ciertas de su paradero. Mien- «tras tanto, añadió el Santo, tened á bien entrar á descansar en mi «casita.»

Retirados y acostados los soldados, empleó el Santo el poco tiempo que le quedaba en hacer dos cosas; primeramente en preparar para el dia siguiente una excelente comida para sus futuros verdugos, y en segundo lugar, en disponerlo todo para sus funerales. Al llegar la noche, el Santo cavó su sepultura y puso en orden todo lo que era necesario para enterrarle, y al asomar el dia fué al encuentro de sus huéspedes: «Ya os lo prometí, dijoles con aire risueño; «el pájaro ha caído en las redes; tanto y tanto he buscado, que he «hallado á Focas, y podeis apoderaros de su persona cuando mejor «os cuadre.—¿Dónde está? preguntaron solícitos los soldados.— «No muy léjos de aquí; delante de vosotros; soy yo.»

Sorprendidos los soldados por semejante contestacion, quedaron inmóviles por algun tiempo, no pudiendo resolverse á mojar sus manos con la sangre de un hombre que tantas virtudes mostraba y que con tan gran cordialidad les habia recibido en su casa; Focas les alentaba indirectamente, diciéndoles que no temia la muerte, en cuanto debia reportarle grandes ventajas; finalmente cortáronle la cabeza, y su alma fué ofrecida á Dios por los Ángeles, como una hostia de suave olor.

Abandonemos la choza del pobre y dirijámonos á los campamentos romanos, los cuales, llenos ya de cristianos un siglo antes, nos darán ahora otro ilustre ejemplo de aquel noble orgullo de la fe

¡ay! tan raro en el día. Hé aquí á un veterano que va á comparecer ante el tribunal de los perseguidores; sigámosle para hacer una exacta relacion de su martirio y del de sus dos compañeros<sup>1</sup>.

Taraco, romano de origen aunque nacido en Isauria, era un veterano de los ejércitos imperiales, que se habia retirado del servicio por temor de que le obligasen á hacer algo contrario á su conciencia. Cuando fué preso contaba la edad de sesenta y cinco años.

Probo, otro de los Mártires, natural de Panfilia, habia abandonado una fortuna considerable á fin de poder servir á Jesucristo con mayor libertad.

Andrónico, el mas jóven de los tres, pertenecia á una de las primeras familias de la ciudad de Éfeso; los tres fueron presos en Pompeyópolis, ciudad de Cilicia, por el exento Eutolmio Paladio, y conducidos á Tarsis, capital de la provincia. En 21 de junio del año 304 comparecieron ante el gobernador Numerio Máximo, en audiencia pública: el centurion Demetrio se adelantó hácia el tribunal, y dijo: «Señor, aquí están tres hombres de la impia secta de los cristianos que se han negado á obedecer los edictos de los emperadores.»

MÁXIMO, dirigiéndose primeramente á Taraco, le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?»

TARACO. «Soy cristiano.»

MÁXIMO. «No me hables de tu impiedad; dime solamente tu nombre.»

<sup>1</sup> Las actas de san Taraco, de san Probo y de san Andrónico forman uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad cristiana; las tres primeras partes contienen los interrogatorios que los Santos sufrieron en Tarsis, en Mopsuesta y en Anazarbo, ciudades de Cilicia, y son una copia auténtica de las actas proconsulares que los cristianos compraron por doscientos dineros á los notarios públicos; así lo dicen ellos mismos al enviarlas á sus hermanos de Iconio: «Las hemos sacado de la escribanía criminal de Tarsis, por medio de Sebasto, uno de los empleados de justicia de aquella ciudad, el cual por medio de la suma de doscientos dineros nos las ha comunicado. En ellas veréis el principio y la continuacion del martirio de aquellos admirables varones, su glorioso fin y los prodigios que se ha dignado obrar Dios con su intercesion, por su propia gloria, y para edificacion nuestra. Os suplicamos las comuniquéis á los fieles de Pisidia y de Panfilia, á fin de que nuestro Señor Jesucristo sea glorificado, y de que todos hallen en esta fiel relacion un nuevo aliciente que les anime á combatir á los enemigos de la verdad, bajo los auspicios del Espíritu Santo.» (P. Ruinart, t. II, pág. 93).

La cuarta parte de las actas es debida á tres cristianos, testigos oculares del martirio.

TARACO. «Soy cristiano.»

MÁXIMO, dirigiéndose á los verdugos. «Pegadle en la boca á fin de que aprenda á no contestar una cosa por otra.»

TARACO, despues de recibir un violento bofetón. «Os he dicho mi verdadero nombre; mas si quereis saber el que recibí de mi padre, me llamo Taraco, y en el ejército me llamaban Víctor.»

MÁXIMO. «¿Cuál es tu profesion y tu país?»

TARACO. «Soy romano, pero he nacido en Claudiópolis en Isauria; era soldado de profesion, mas he abandonado el servicio porque soy cristiano.»

MÁXIMO. «Has hecho bien; tu impiedad te hace indigno de llevar las armas; ¿cómo dejaste el servicio?»

TARACO. «Pedí mi licencia á Publio, mi capitan, y me la dió.»

MÁXIMO. «Escucha, tengo piedad de tus canas, y si obedeces las órdenes del emperador, te procuraré su amistad. Ven, sacrifica á los dioses, á ejemplo de los emperadores.»

TARACO. «Los emperadores se engañan.»

MÁXIMO. «Abofeteadle por haber dicho que nuestros príncipes están en el error.»

TARACO. «Sí, lo repito; son hombres, y en calidad de tales se engañan.»

MÁXIMO. «Sacrifica á los dioses y renuncia á tu locura.»

TARACO. «No puedo renunciar á la ley de Dios.»

MÁXIMO. «¡Cabeza de hierro! ¿Acaso existe otra ley que la de los emperadores?»

TARACO. «Sí, existe otra, y vosotros la violais adorando la obra de vuestras manos, como son las estatuas de madera ó de piedra.»

MÁXIMO. «Péguesele en el cuello para hacerle desistir de su obstinacion.»

TARACO. «La que llamais obstinacion es la salvacion de mi alma, y jamás desistiré de ella.»

MÁXIMO. «Yo haré que la abandones, y te haré razonable á pensar tuyo.»

TARACO. «Podeis hacer lo que mas os agrada; mi cuerpo está en vuestro poder.»

MÁXIMO. «Que se le desnude, y que se le azote.»

TARACO, mientras le azotaban. «Ahora es cuando habeis hallado el secreto de hacerme verdaderamente razonable; los golpes que

«recibo me fortifican, y aumentan mi confianza en Dios y en Jesucristo.

MÁXIMO. «¿Cómo puedes decir, malvado, que no hay mas que un Dios, cuando acabas de nombrar dos? ¿No has dado tambien el nombre de Dios á cierto hombre llamado Cristo?»

TARACO. «Sí, al Hijo de Dios vivo, á la esperanza de los cristianos; por él sufrimos y por él alcanzamos nuestra salvacion.

MÁXIMO. «Renuncia á tal extravagancia, y sacrifica.

TARACO. «Tengo sesenta y seis años; he vivido siempre en el conocimiento y en el amor de la verdad, y no puedo abandonarlo.»

El centurion Demetrio, afectando piedad le dijo: «Me das lástima, sigue mis consejos, y salva tu vida sacrificando.

TARACO. «Guarda para tí tus consejos, ministro de Satanás.

MÁXIMO. «Cárguesele de pesadas cadenas, y condúzcanlo á la cárcel. Que entre el que sigue.»

El centurion Demetrio dijo: «Señor, aquí está.

MÁXIMO. «¿Cuál es tu nombre?»

PROBO. «Tengo dos; el mas noble es cristiano, pero el mundo me llama Probo.

MÁXIMO. «¿Cuál es tu país? ¿cuál tu familia?»

PROBO. «Mi padre era de Tracia, y yo nací en Sida, en Panfilia. Mi familia no es noble, pero yo soy cristiano.

MÁXIMO. «No la ennoblecerás mucho con tal nombre. Créeme, sacrifica á los dioses, lo cual es un medio mas seguro para conseguirlo, pues si obedeces, te prometo mi amistad y el favor de los emperadores.

PROBO. «Todo me es inútil; por mi fortuna podia ocupar un puesto distinguido en el mundo, pero á todo he renunciado para servir á mi Dios.

MÁXIMO. «Desnúdesele y dénsese cien azotes.»

Mientras el Mártir sufría aquel suplicio, acercósele el centurion Demetrio, y le dijo: «Ten piedad de tí mismo, amigo mio; mira el suelo cubierto de tu sangre.

PROBO. «Haced de mi cuerpo lo que querais; vuestros tormentos son para mí un néctar delicioso.

MÁXIMO. «Con qué, ¿tu locura es incurable? ¿Qué esperas?»

PROBO. «Soy mas cuerdo que vos, pues no adoro á los demonios.

MÁXIMO. «Extiéndanle y azótenle en el vientre.

PROBO. «Señor Dios mio, ayudad á vuestro siervo.

MÁXIMO. «Á cada golpe, decide: ¿Dónde está el Dios que invocas en tu auxilio?»

PROBO. «Dios me socorre y me socorrerá, pues tan poco caso hago de vuestros tormentos que no os obedezco.

MÁXIMO. «¡Miserable! mira tu cuerpo llagado y el suelo cubierto de tu sangre.

PROBO. «Cuanto mas sufro mi cuerpo por Jesucristo, mi alma adquire mas fuerza y vigor.

MÁXIMO. «Sea encadenado de piés y manos; extiéndanle las piernas en el cepo hasta el cuarto agujero, y á nadie se permita verle. ¿Dónde está el tercero?»

El centurion Demetrio dijo: «Señor, aquí está.

MÁXIMO. «¿Cuál es tu nombre?»

ANDRÓNICO. «Mi verdadero nombre es cristiano.

MÁXIMO. «Tus antepasados no tenían este nombre; contesta á lo que te pregunto.

ANDRÓNICO. «Entre los hombres me llaman Andrónico.

MÁXIMO. «¿Cuál es tu familia?»

ANDRÓNICO. «Mi padre es uno de los principales habitantes de Éfeso.

MÁXIMO. «¿Quieres creer mis consejos? no imites á los locos que te han precedido, pues su locura les ha costado demasiado cara; adora á los dioses y obedece á los emperadores, nuestros padres y señores.

ANDRÓNICO. «Cuando haceis sus veces, el demonio es vuestro padre.

MÁXIMO. «Jóven, no seas insolente; ¿no sabes que tengo mil tormentos preparados?»

ANDRÓNICO. «No los temo.

MÁXIMO. «Sea desnudado y atado, y extiéndanle sobre el potro<sup>1</sup>.»

El centurion Demetrio dijo al Mártir: «Obedece, amigo mio, antes que destrocen tu cuerpo.

<sup>1</sup> El potro era un instrumento de tortura compuesto de una ó muchas planchas sostenidas por algunos piés; tendido el Mártir sobre aquellas planchas, ataban á sus piés y manos unas cuerdas que pasaban por unas poleas, y cuyos extremos comunicaban con un torno, colocado en cada ángulo del potro; dábanse vueltas á los tornos y se estiraban hasta dislocarse todos los miembros del Mártir. En aquel estado de tension, dábanle fuertes golpes por todo el cuerpo.

ANDRÓNICO. «Prefiero ver mi cuerpo despedazado á perder mi alma.

MÁXIMO. «Sacrifica ó te condeno á una muerte cruel.

ANDRÓNICO. «Desde mi infancia no he sacrificado á los demonios, «y no empezaré ahora.»

Atanasio, subtribuno ó censor del ejército, le dijo: «Tengo bastantes años para ser tu padre, y tengo derecho para darte consejos: obedece al Gobernador.

ANDRÓNICO. «¡Admirable consejo me das! sacrificar á los demonios!

MÁXIMO. «¡Miserable! verémos si eres insensible á los tormentos; cuando los sentirás quizás renuncies á tu locura.

ANDRÓNICO. «¡Feliz locura la de esperar en Jesucristo! la sabiduría del mundo es la que da la muerte eterna.

MÁXIMO. «¿Quién te ha enseñado tales extravagancias?

ANDRÓNICO. «El Verbo, que da la vida, que la conserva y que nos resucitará un dia, segun la promesa de Dios.

MÁXIMO. «Atórméntesele con violencia.

ANDRÓNICO. «Á nadie he hecho daño y me atormentais como á un malhechor. Sufro únicamente por el culto debido al verdadero Dios.

MÁXIMO. «¡Cómo! dices que nada malo has hecho, ¿y has despreciado las órdenes de nuestros emperadores, y has hecho burla de mi justicia en mi mismo tribunal? Si tuvieras el menor sentimiento de piedad, adorarías á los dioses de nuestros príncipes.

ANDRÓNICO. «Es una impiedad abandonar el verdadero Dios para adorar el mármol y el bronce.

MÁXIMO. «¿Te atreves á decir que nuestros príncipes son impíos? Húndanle puntas de hierro en los costados.

ANDRÓNICO. «Estoy en vuestro poder, haced lo que queráis.

MÁXIMO. «Derramen sal sobre sus llagas, y frótenle los costados con tejas quebradas.

ANDRÓNICO. «Acabais de darme un gran consuelo.

MÁXIMO. «Te daré muerte poco á poco.

ANDRÓNICO. «Vuestras amenazas no me dan miedo; el espíritu que me anima es mas fuerte y poderoso que el que os impulsa á vos.

MÁXIMO. «Pongan una cadena en sus piés y en su cuello, y sea conducido á la cárcel.»

Así terminó el primer interrogatorio. En vano buscaréis en la historia profana una escena mas dramática, un cuadro mas completo; en este, veis á un juez que reúne á toda la brutalidad de un tirano subalterno toda la crueldad del tigre; delante de él á un soldado anciano que contesta con toda la franqueza militar; á un hombre distinguido por su fortuna que conserva la mas perfecta calma en medio de los suplicios, y por fin á un jóven que llega á exasperar al juez por la fogosidad de sus contestaciones. Al lado de esas cuatro personas aparece en segundo término otra figura, figura hipócrita, figura de Judas, la del centurion Demetrio, el cual, fingiendo piedad, excita á los Mártires á una vil traicion. Tan completo y animado cuadro lo verémos otra vez en el segundo y en el tercero interrogatorio.

El Gobernador partió de Tarsis para Mopsuesta, otra ciudad de Cilicia, y dispuso que los tres cristianos, cargados de cadenas, formasen parte de su comitiva, queriendo quizás con semejante espectáculo aterrorizar á los cristianos, y dar á sus inferiores una idea de su poder. Apenas llegado á Mopsuesta, cuando sentándose en su tribunal, dijo al centurion Demetrio: «Sean conducidos á mi presencia los impíos que siguen la religion de los cristianos.— Señor, contestó Demetrio, aquí están.»

MÁXIMO, *dirigiéndose á Taraco*. «No ignoro que la vejez debe ser respetada, pero solo cuando la prudencia y un buen juicio la acompañan. Creo que habrás hecho buen uso del tiempo que te he concedido, y sin duda has cambiado de sentimientos. Acércate, pues, á sacrificar á los dioses, y pronto me hallarás á tributar á tus años «y á tus méritos todo el honor que merecen.

TARACO. «Soy cristiano, y ¡quisiera el cielo que así vos como los emperadores os curáseis de vuestra ceguera, y siguiérais el camino que conduce á la vida!

MÁXIMO. «Rómpanle las quijadas con una piedra, diciéndole: «Renuncia á tu locura.

TARACO. «Esta locura es la verdadera sabiduría.

MÁXIMO. «¡Infeliz! tus dientes están ya rotos, salva á lo menos lo demás. Sacrifica; es lo mejor que puedes hacer.

TARACO. «Si tal creyese, no sufriria tan crueles tormentos.

MÁXIMO. «Macháquenle mas y mas la boca, diciéndole: Responde.